

¿EXISTE UNA LITERATURA HISPANOFILIPINA CONTEMPORÁNEA?

ANDREA GALLO
 Università Ca' Foscari Venezia

1. PREÁMBULO

Es indudable que de la Filipinas de hoy en día – cuya población en breve tiempo probablemente rozará los cien millones de habitantes – se conoce muy poco. El conocimiento es superficial y la situación es particularmente evidente en el caso de la literatura; si bien algunos saben que la literatura contemporánea se expresa prevalentemente en inglés y en tagalo, muy pocos pueden citar el nombre de un solo autor.

Lo único que es más o menos notorio en los países de habla hispana, es que existió un autor y héroe nacional que fue activo durante la segunda mitad del siglo XIX. Este polígrafo, José Rizal - por la escasez de noticias que se suelen difundir acerca de la literatura filipina - parece casi una figura aislada en la nada, como si su madurez artística e intelectual no hubiera surgido cual fruto de un proceso de evolución cultural gestado durante más de dos siglos y en el que destacaron personalidades originales. Del mismo modo prácticamente no se menciona el rico florecimiento de las letras filipinas (en español) que se produjo en las generaciones siguientes.

En realidad Filipinas posee una tradición literaria y cultural¹ tan rica cuan ignorada y ésta se expresó y sigue expresándose en varias lenguas. Una de estas lenguas es la castellana, idioma que llegó a las islas en la época de la colonia y que produjo frutos apreciables hasta antes de iniciar la Segunda Guerra Mundial.

Este *corpus* es un cofre de joyas desconocidas y una clave imprescindible para comprender lo que es la identidad filipina moderna. Es una literatura a la vez hispánica y oriental que merece ser estudiada y propagada por sus significados y por su peculiaridad estética. Por lo tanto, parece lógico también preguntarse si de esta tradición sigue algo vivo, aunque de forma cársica, o si todo se acabó definitivamente.

Aquí se tratará de dar cuenta de lo que se ha publicado en español durante estos años tanto en Filipinas como en el extranjero por parte de filipinos, residentes bien en el país o fuera de él. Reseñar conjuntamente este material es intentar dar una interpretación de estos testimonios epigónicos, no como curiosidades aisladas y *démodé*, sino como pequeños puntos de una trayectoria cultural, tal vez en su estado irreparablemente terminal, pero todavía rica de significados que construyen la identidad poliédrica de un país.

2. LENGUAS EN FILIPINAS

Desde siempre en Filipinas la situación lingüística ha sido variada:

Hemos hecho referencia más arriba al problema que representaba para la comunicación la fragmentación lingüística de América, pero pensemos que la situación era mucho peor en Filipinas. La extensión de este archipiélago es aproximadamente 300.000 kilómetros cuadrados repartidos entre 7.083 islas e islotes, y que el proyecto, aún no terminado, de las lenguas y dialectos filipinos recogió al final de 1967 más de 300 dialectos agrupados provisionalmente en 70 grupos lingüísticos diferentes (Quilis 30-31).

Se hablan prevalentemente lenguas del grupo malayo-polinésico de entre las que “se señalan como principales ocho, porque pertenecen a los grupos étnicos más numerosos de Filipinas: tagalo, cebuano, ilocano, hiligaynón, bicolano, waray, kapampangán y pangasinán” (Quilis 116), que en el censo de 1960 representaban el 85% de la población. Hoy en día el idioma nacional según lo que establece la Constitución de 1986, escrita en inglés, es el Filipino: “The national language of the

¹ La referencia es en general a la producción artística, música, pintura, arquitectura etc.

Philippines is Filipino” (Art. XIV, sec. 6) y con respecto al mismo idioma recita la Constitución que “As it evolves, it shall be further developed and enriched on the basis of existing Philippine and other languages”; la constitución fomenta su desarrollo y difusión aunque en el mismo artículo, más adelante se aclara que: “For purposes of communication and instruction, the official languages of the Philippines are Filipino and, until otherwise provided by law, English” (Art. XIV, sec. 7). Sobre los demás idiomas se dice: “The regional languages are the auxiliary official languages in the regions and shall serve as auxiliary media of instruction therein” (Art. XIV, sec. 7). En la sección 8 de ese mismo artículo, la constitución filipina precisa: “This Constitution shall be promulgated in Filipino and English and shall be translated into major regional languages, Arabic, and Spanish”.

El castellano – que por la lejanía de la Metrópoli y la escasez del colono español, nunca pudo radicarse de forma capilar¹ era por supuesto la lengua oficial durante la dominación española (1565-1898), y esto establecía también la primera constitución filipina de 1899: “En la Constitución de Malolos, el art. 93 establece una regla lógica en aquella situación apurada: «... se usará por ahora la lengua castellana»” (Ortiz Armengol 77). Una vez perdido el papel de única lengua oficial, es decir de la enseñanza, administración y comercio, ésta siguió manteniendo prestigio y uso, y curiosamente fue reforzando su posición, en fin:

las principales influencias que había dejado España en estos territorios fueron en la estructuración de la sociedad y en dos aspectos que aún permanecen: el idioma y la religión católica. Al empezar la Guerra del Pacífico, el español todavía mantenía su papel dentro de la sociedad filipina. Era hablado por aproximadamente un millón de personas, principalmente de las clases altas y medias-altas, como lengua para entenderse entre ellos y también era lengua oficial en la administración de justicia o como *lingua franca* en el comercio, junto con el inglés. Había adquirido una curiosa situación tanto en la sociedad filipina como en la guameña porque, si bien había sido una lengua colonial, tuvo un carácter anticolonial como cierta forma de identificación nacional y de resistencia al poder de los Estados Unidos, simbolizado por el inglés. Su papel fue mucho más allá de la comunidad española (Rodao 1998, 73).

La lengua española fue una lengua oficial e impartida en la enseñanza obligatoria hasta 1987, en esa fecha la nueva constitución de la presidenta Aquino abrogó su estatuto de oficialidad. Hoy en día español y árabe son idiomas nombrados en la Constitución ya que tienen una relevancia cultural: “Spanish and Arabic shall be promoted on a voluntary and optional basis” (Artículo XIV, sec. 7).

En la actualidad, en filipino e inglés se redactan los documentos públicos, se imparte la enseñanza y ambos son utilizados por los medios de comunicación.

La literatura “nacional” se escribe en estas dos lenguas², pero también los demás idiomas tienen una riqueza literaria, especialmente oral, y algunos más que otros gozan de una tradición escrita significativa.

La abolición de la oficialidad de la lengua española ha provocado que la que ya era lengua de una reducida fracción, se convirtiera en lengua aún más minoritaria. Desapareció por completo la educación en español (proceso que había empezado de forma considerable ya a principio del siglo XX) y los hispanohablantes no pudieron reforzar con los estudios su conocimiento y dominio del idioma. Está claro que este proceso tuvo repercusión en la literatura (libros, prensa periódica) y más en general en la cultura (radio, cine etc...), ya que ha ido reduciéndose el ya limitado público

¹ Jorge Urrutia, en una reciente conferencia, observaba que: “Es lugar común que el español apenas penetró entre la población de las islas [...] Sin embargo, y de hacer caso a la Dra. Alma Ocampo Salvador, de la Universidad Ateneo de Manila, en 1898 (es decir, en el momento de la independencia) 757.463 filipinos hablaban español, lo que, de ser cierto, multiplicaría por más de 7.000 el número de hablantes de la lengua en, por ejemplo, Paraguay el día de su propia independencia”. Texto sacado de la conferencia *La enseñanza del español en Filipinas* pronunciada en ocasión de la Tercera Tribuna España-Filipinas 4-5/12/2007, Casa Asia - Madrid.

² A nivel literario es más habitual hablar de literatura en tagalo y no en filipino, véase más adelante una definición de los dos idiomas. Igualmente véase más adelante la mención sobre lo que se puede considerar como “literatura nacional”.

que podía disfrutar de la lectura en español. Por lo tanto, ha venido a menos el interés editorial y, en consecuencia, la motivación a escribir por parte de los que podían y querían escribir en español.

A pesar de todo esto, no sería tampoco correcto hablar del fin completo del español en las Islas Filipinas. En efecto, es interesante observar como la lectura y el análisis de unos datos parezcan decir de manera fidedigna que existen todavía hispanoparlantes en el país, hablantes que sin embargo viven en un contexto lingüístico distinto y que, por lo tanto, sólo con enorme dificultad pueden implementar su dominio del idioma con el estudio. Como señala Rafael Rodríguez-Ponga sigue existiendo un pequeño grupo que tiene el español como lengua materna, es decir, de uso familiar; a este grupo hay que añadir los que el castellano lo estudian por interés, como lengua de cultura y de trabajo, mientras que ya no existe como lengua del entorno cultural, aprendida por el peso del mismo¹. Las cifras que presenta nuestro estudio oscilan entre unos millares (no más de tres mil) y más de un millón, pero justamente se pone de relieve que mucho depende de cómo se recogen las informaciones y de qué es lo que estamos investigando.

Aquí no se considera relevante cuestionar el número, si se trata de millón y medio como afirmaría la lectura – algo forzada – de algunas estadísticas o si mucho menos (como parece más razonable); el dato merecedor de atención es que sigue existiendo un grupo autóctono, es decir dentro de la población nacional filipina, de hispanohablantes que tiene el español como lengua materna o por lo menos “familiar”. A este propósito también se ofrece el testimonio del filipinista, *hispanófono* y filipino, Antonio Molina el cual en 1989 afirmaba que “El idioma español no fue nunca vehículo de expresión de la mayoría de nuestro pueblo. Siempre fue patrimonio exclusivo de una minoría [...] a fin de cuentas, esa minoría pervive en nuestros días” (Molina 75).

Si se hace hincapié en esta observación, no se puede no registrar como en realidad Filipinas, dentro del panorama del fenómeno de la colonización y descolonización, haya seguido un destino muy peculiar sino único. Colonizada por los españoles, que dieron a este mosaico de islas y pueblos una unidad administrativa, religiosa y cultural, en el siglo XIX ha sufrido la misma suerte que Cuba y Puerto Rico. Sin embargo, en Filipinas la invasión de los estadounidenses, a diferencia de lo que ocurrió en las islas caribeñas, pudo cambiar violentamente el (natural) proceso de transformación lingüístico-cultural. En Oriente, al igual que en toda Latinoamérica en su día de independencia de España, el castellano, lengua de una minoría culta, se iba nacionalizando y extendiendo como idioma de las nuevas repúblicas. Este proceso en las islas del Pacífico se vio impedido por la oprimiente obligación externa de asumir *ex novo* otro medio lingüístico-cultural, lo que evidentemente complicó la elaboración de un discurso cultural y nacional autóctono, originando también fracturas y conflictos dentro del organismo nacional.

3. LITERATURAS Y LITERATURA

Con tantas lenguas como se decía, está claro que hay una producción literaria en varios idiomas. Es sabido que la literatura en español empezó con la evangelización de los misioneros y su llegada “produce una transculturación intensa, inmediata y profunda” (Mariñas Otero 23); fueron ellos quienes hicieron una gran labor de escritura del patrimonio cultural indígena y dotaron a las diversas lenguas como el tagalo o el cebuano de un alfabeto latino; efectivamente, “la influencia del

¹ Ya que tanto se desconoce sobre Filipinas, se resume brevemente algo de lo que afirma y explica Rodríguez-Ponga. Alrededor de un millón y medio hablaría español en Filipinas; el dato es parecido al que da Quilis en 1992. A este dato Quilis añadía millón y doscientos mil hablantes de Chabacano, un criollo español hablado en la zona de Cavite y Ternate (Luzón) y Zamboanga, Davao, Cotabato, Basilán (Mindanao). Rodríguez-Ponga bien explica como los datos pueden variar considerablemente según lo que se pregunta y cómo se pregunta. Afirma que hoy en día en Filipinas los hispanohablantes tienen el castellano como lengua A (primera lengua, lengua materna o del hogar) y lengua C (lengua extranjera de cultura), mientras que ha desaparecido como lengua B (lengua aprendida por ser la del entorno cultural, social etc...). Todos los censos registran un grupo hispanohablante en Filipinas: 2.506 (1970), 4.819 (1975), 1.609 (1980), 2.658 (1990); también se señala que el censo de 1970 registraba que 1.335.945 filipinos hablaban español (como lengua A o B o C). En fin registra el dato del censo de Australia de 1991 en donde sobresale que 1.142 personas hablaban español en su casa y habían nacido en Filipinas (a este respecto habría que apuntar que Australia fue meta privilegiada de emigración por parte de familias hispanofilipinas). El autor oportunamente explica y comenta todos estos datos. Se reenvía a los estudios de Alvar, Quilis, Pita, Louapre, Rodríguez-Ponga, reseñados en bibliografía.

español sobre las lenguas autóctonas de Filipinas ha sido enorme” (Quilis 118). La literatura en español floreció en la época de la colonia, alcanzando su apogeo entre el siglo XIX y el XX. A la vez, se seguían publicando obras literarias de prestigio en otras lenguas, como por ejemplo el muy famoso poema tagalo *Florante at Laura* editado en 1838 por la Universidad de Santo Tomás y escrito supuestamente por Balagtas “an eminent Tagalog man of letters” (Castillo y Tausón 113) y «in his time the epitome of urbanity» (Lumbera 1986, 137).

Ahora bien, con tanta producción literaria en distintos idiomas, tal vez sea buena cosa preguntarse cuál es la filipina, o mejor, a qué nos referimos con la expresión “literatura filipina”. La pregunta, aunque aparentemente superflua, en realidad ayuda a definir mejor lo que vamos a intentar estudiar.

Si el adjetivo “filipino” designa, según el diccionario de la Real Academia Española (R.A.E), persona o cosa “Natural de Filipinas” y también todo lo “perteneiente o relativo a este país de Asia”, la respuesta será que obviamente todas son literaturas filipinas, o más bien, se podría decir que todas contribuyen a componer la literatura filipina, que, por razones históricas, no está escrita en una sola lengua.

Una respuesta, plausible en su época pero hoy en día insuficiente, apareció hace ya casi un siglo en la *Enciclopedia universal ilustrada europeo-americana* de Espasa-Calpe: “Cuando se dice *literatura filipina*, se sobrentiende la escrita en castellano por los allí nacidos, para diferenciarla de la escrita en alguno de los idiomas vernaculares, y aun por los filipinos en inglés” (1375).

Descartar del canon nacional la producción vernácula (así como la escrita en inglés) hoy en día es pretencioso. Tampoco es del todo correcto pensar que sólo el que escriba en español, inglés o en filipino (el idioma nacional a base del tagalo)¹, está componiendo la “National Literature”. A este propósito será interesante observar como, el trabajo de Lucila Hosillos a través del estudio de la novela *Juanita Cruz*, escrita en hiligaynón, por Magdalena Jalandoni, trate de construir un modelo de literatura nacional o, más bien, una posibilidad dentro de una literatura nacional que, no por ser nacional, tiene que renunciar a su expresión vernácula:

Jadaloni's *Juanita Cruz* enters the mainstream of Third World literature by virtue of its artistry, enduring human qualities and values, identity nationality, feminism that dismantled the patriarchy, and strong anticolonialism that culminated in the national liberation. These elements are needed in the formulation of the poetics of vernacular literature to constitute the literature created, read, and experienced by Filipinos of all walks of life. As the literature of the majority of the people, vernacular literature is the *matrix* of the national literature together with ethnic literature by virtue of their indigeneity and as survivals of the country's incunabula, to be infused with nationality (Hosillos 184).

¹ En la época de la Commonwealth (1935-1946) surgió la idea de que una lengua local se convirtiera en idioma nacional. En 1937 el Institute of National Language recomendó que esta lengua fuera el Tagalo (una de las lenguas de la isla de Luzón, hablada en la zona de Manila y en las regiones circunstantes) por lo tanto se publicaron un diccionario y una gramática y, a partir de 1940, el idioma se empezó a enseñar en las escuelas. En 1959 el tagalo adaptado al uso académico y enriquecido del aporte de otras lenguas vernáculas se renombró Pilipino. La Constitución de 1973 lo introdujo como lengua oficial junto con el inglés (véase Thompson). Se puede llamar también Filipino, forma que hoy se prefiere.

Con respecto a la adopción de un idioma nacional, planteaba Norberto Romualdez en 1935: “Ese idioma común ha de estar *basado en uno de los lenguajes nativos existentes*” (Romualdez 3) y “He aquí la necesidad prevista en la Constitución de que ese dialecto que ha de ser la base de nuestra lengua nacional, se desenvuelva adecuadamente antes de ser adoptado como idioma común de la Nación filipina. Y ese desenvolvimiento del tagalo debe, a mi juicio, efectuarse enriqueciendo su etimología y vocabulario, fijando su verdadera sintaxis [...] Este perfeccionamiento del tagalo debe, desde luego, sujetarse a procedimiento científico. [...] para enriquecer su vocabulario o su estructura gramatical, deberá recurrirse primero a los demás dialectos filipinos... Por esto se hace necesario el estudio y desarrollo simultáneo de los dialectos más principales filipinos para que todos los elementos valiosos en ellos encerrados se puedan utilizar en el desenvolvimiento del que ha de ser nuestro idioma nacional” (Romualdes 6-7).

Efectivamente según el punto de vista, la cuestión es compleja. A propósito de esta fragmentación lingüística, que podría parecer hasta separación cultural, hace más de tres décadas, en su reseña sobre la literatura filipina en español, el embajador español Mariñas Otero afirmaba que:

No existe una literatura filipina, sino literaturas en distintos idiomas, que funcionan como compartimentos estancos, cuyas influencias y relaciones mutuas son en todo caso reducidas, cuando no inexistentes, y el hecho de que ninguna de ellas está abierta a la mayoría del país, dado que los idiomas hablados en Filipinas ninguno, hasta la actualidad, ha contado nunca con la mayoría de la población, por lo cual desde el primer momento tenemos que aceptar el hecho de que el escritor filipino, cualquiera que haya sido su expresión idiomática, se ha dirigido no obstante el alto grado de alfabetización del país, evidente ya al final del régimen español, a un público minoritario dentro del total nacional. Hay una literatura en tagalo, la hay en cebuano, en ilocano, bicolano, español e inglés (8-9).

Esta posición tiene su por qué en la evidente imposibilidad (sobre todo por parte de un extranjero) de abarcar todo el extremadamente rico *corpus* literario del archipiélago. Y efectivamente, por muchas razones (el número de las lenguas, la dificultad en encontrar los textos etc...), resulta complicado tener una visión de conjunto de las literaturas filipinas en su unidad. El mismo Lumbera afirma que: “It is almost impossible for any one historian or critic to read and analyze literary works coming from such a diversity of languages in the Philippines ...” (Lumbera 2000, 155).

El filipino medio suele ser bilingüe (y si es culto, por lo menos trilingüe, aunque con destreza diferente según el idioma), no obstante, esto no implica que él tenga la posibilidad de acceder a todas las elaboraciones culturales y la sabiduría que la tradición oral y escrita han transmitido. Sin embargo, puede moverse con soltura dentro de más de un solo sistema y a través de una lengua vehicular (que suele ser el inglés, pero también el tagalo) participa de la cultura de las otras comunidades regionales.

Por ello, la lectura de Mariñas parece una interpretación forzada; rematar lo que separa una literatura de otra (la lengua), es no querer ver los fuertes puntos de contacto y la unidad de esta cultura insular que, más que fragmentada, sería oportuno definir “diversificada”. Piénsese en la producción de los *Corridos filipinos*, de la *poesía ladina* o del *sinakulo*¹ géneros que testimonian las mutuas influencias entre cultura metropolitana e insular por un lado, y la homogeneidad entre las varias tradiciones vernáculas por el otro. Tal vez el apuro que relevaba Mariñas era quizá cierto aspecto del problema visto con los ojos de un europeo en el que el peso de la ideología patriótica decimonónica, marginalizando ciertas tradiciones regionales, establecía casi una correspondencia entre los conceptos de nación, estado, pueblo y literatura nacional.

No hace falta adentrarse en un tema como éste que supone tantas y tales implicaciones, pero quizás sea útil revelar que hay unidades estatales en donde la literatura se “fragmenta” en varias tradiciones según la lengua (Bélgica, Ex-Checoslovaquia, Ex-Yugoslavia); otras, donde la interconexión cultural desborda los confines nacionales (literatura de lengua alemana) y otras, donde la literatura es quizá el elemento más fuerte para la construcción de una identidad compartida frente a una plurisecular fragmentación política (Italia).

Este problema evidentemente se presenta de forma aún más compleja y, en parte distinta, en los países que sufrieron la colonización. El caso de la India por ejemplo, da cuenta de esta complejidad, en la que a una unidad política corresponde una notable diferenciación lingüística que se ha modificado por la superposición de una lengua europea, herencia del dominio colonial. En este país (que, en su organización actual ya es el resultado de una separación - India/Pakistan/Bangladesh - ocurrida por razones lingüísticas, culturales y religiosas) con mayor magnitud, se da el mismo fenómeno, y también el mismo problema, de estudio y clasificación:

¹ El Corrido filipino es una especie de Romancero filipino: forma métrica filipina (verso dodecasílabo) de temática europea (Romancero, Ciclo Carolingio, Bretón etc...). La poesía ladina es una poesía bilingüe (alternativamente una estrofa en lengua vernácula otra en español) escrita por los nativos que en los seminarios religiosos estudiaban latín y castellano. El *sinakulo* (cenáculo) es una forma teatral evidentemente de derivación europea.

Le vaste réseau de textes que nous propose l'Inde classique ou contemporaine reste d'un accès difficile, son déchiffrement étant étroitement subordonné à la connaissance des langues multiples dans lesquelles ces littératures sont rédigées - hétérogénéité linguistique qui n'est elle-même que le reflet de la diversité historique et géographique du pays tout entier (Porcher 9).

Y por lo tanto el estudioso de la literatura de este vasto país oriental se enfrenta con la literatura sánscrita, la hindi, las numerosas literaturas que se expresan en otros idiomas y también ese fruto tardío, pero fecundo, que nació del encuentro-choque con los europeos, es decir una literatura propia del subcontinente que utiliza una lengua venida de Europa y que ya no es el mismo idioma de la *City*, una producción que se suele definir como Indo-Angla o Anglo-India.

Esta reflexión simplemente quiere rematar como las etiquetas y las periodizaciones, si por un lado se hacen necesarias al que quiera estudiar un fenómeno dado, por el otro enjaulan los objetos de estudio (procesos históricos, modificaciones culturales, materiales escritos etc...) en esquemas demasiado rígidos y evidentemente de cómodo: "Identity simultaneously includes and excludes. To define yourself as part of a group is to distance yourself from those who are outside it. Identity has several dimensions. Depending on the situation, you may choose to affirm an identity based on [...] family, religion, class, gender or nation" (Zialcita 3-4). Este mismo autor filipino, afirma oportunamente con respecto a la construcción del concepto de Asia, en relación con la definición de la identidad de un país, que: "It is hard to believe that a common «Asian» style of thinking and feeling so underlies Islamic, Indian, and Chinese civilizations that..." (Zialcita 251).

Y efectivamente, a diferencia del concepto de Europa, elaborado por los mismos europeos sobre sí mismos, los cuales se percibían y se perciben como una unidad con respecto a una (o más) "alteridad", el concepto de Asia parece construido bajo una óptica eurocéntrica, ajena a las tradiciones culturales "orientales".

Así que volviendo a nuestro tema central, es decir intentar denominar de una forma lo más exacta posible y bajo una misma etiqueta, esos textos que vamos considerando en relación entre sí y no como meros episodios aislados, deberíamos reconocer que quizás lo más correcto sería hablar de "literaturas de Filipinas", igual que a veces se indica la producción cuadrilingüe de un pequeño país alpino como "literaturas de Suiza" (Wenger 17). Según el punto de vista, a cada literatura se la podría calificar como un sub-sistema más o menos autónomo, en mayor o menor relación con los otros, y cuyos confines están definidos por la lengua y el espacio geográfico-cultural. Sin embargo, es también verdad que hoy en día, en una época como la nuestra donde el mundo se va estructurando según grandes áreas económico/culturales, la tendencia es evidenciar esas relaciones (que siempre hubo) entre diferentes tradiciones, y orientarse hacia un discurso unitario que supere las nacionalidades plasmadas según un concepto decimonónico y que trate de construir un discurso crítico global. Por ejemplo, en el caso de Europa, se va pensando en un concepto de literatura europea común que supere cierta visión fragmentaria de las tradiciones nacionales.

En el caso de Filipinas, habrá que tener en cuenta que por un lado existen tradiciones literarias ligadas a un grupo más pequeño de lo que es hoy en día la comunidad nacional, y por el otro, se presenta el caso – único – de que, no ya una, sino dos (y si consideráramos el filipino/tagalo hasta tres) literaturas son al mismo tiempo patrimonio de una minoría la cual no se encuentra en un espacio geográfico delimitado, sino está radicada en todo el país; estas tradiciones literarias, por lo tanto, presentarían el aspecto de un aliento más "nacional", aunque tal vez puedan llegar a un número más reducido de lectores (por lo menos la producción en español hoy en día y la que en inglés con referencia al pasado)¹.

Evidentemente, detrás de cada clasificación suelen estar visiones "políticas" diferentes. Lo que al fin y al cabo creemos importante reconocer, es que existen textos que, compuestos en diferentes idiomas, pero en relación intertextual entre ellos, han ido construyendo la visión de una "polis" común². Por este motivo parece más razonable hablar de "literatura filipina" teniendo

¹ Afirma Asunción David-Maramba: "Another Western culture, specifically the American culture, carried by the new language, complicated our cultural status and contributed to our already problematical «cultural complex»" (David-Maramba 282).

² Se hace referencia al hecho de que existen textos que suponen el conocimiento de otros precedentes escritos en otro idioma; la influencia de la obra de Rizal en la producción sucesiva es un claro ejemplo.

siempre conciencia de que ésta se ha expresado, se expresa y seguirá expresándose en muchas lenguas, y que este fenómeno es su propia peculiaridad.

Como explicaba bien Lumbera definiendo los términos en inglés (las lenguas no son exactamente superponibles), “Filipino Literature” indicaría: “First of all, the nationality of the authors is “Filipino”. Secondly, that on the literary works taken together, nationality has left a mark that distinguishes them from the writing of the authors found elsewhere in the world” (Lumbera 2000, 153). A esto añade que si la expresión se yuxtapone a la expresión “Literature of the Philippines” se assume que: “the literary works produced in one country carry the distinct stamp of the literary nationality of the authors” (Lumbera 2000, 153).

4. LITERATURA EN ESPAÑOL

Una vez aclarado que toda esta producción literaria es literatura filipina, y puesto que este estudio comprensiblemente se limita a reseñar sólo parte de este *corpus*, el compuesto en castellano en relación a la contemporaneidad, habría que definir la literatura filipina escrita en esta lengua.

A este propósito, parece oportuno citar la viva voz de un destacado miembro de la Academia Filipina, Don Guillermo Gómez Rivera, el cual en una entrevista que nos concedió en Manila, a la pregunta de cuál era la etiqueta más apropiada para definir la literatura filipina que se expresa en lengua española, nos dijo:

La literatura filipina es la redactada en castellano, sencillamente porque lo filipino es un ensamblaje de las culturas prehispánicas unidas en nuevo concepto: lo filipino. Como esa unificación se verificó en idioma español lo filipino, aparte de lo tagalo, lo cebuano, lo ilocano, lo angloamericano, es lo que está escrito en español. Es por eso que yo considero que decir fil-hispano o hispanofilipino es redundante, porque ya se entiende que lo filipino es hispano. De hecho la identidad filipina se puede analizar mediante dos realidades: ¿cómo se llaman los filipinos individual como colectivamente? Y ¿cuál es su base alimenticia cotidiana.

Individualmente los filipinos responden a apellidos españoles. Colectivamente responden a un patronimico español. Los términos “Filipinas” y “filipino” derivan de “Felipe”; designaban todos aquellos que pagaban impuesto a Felipe rey de España. Antiguamente se denominaron “felipenos”, pero como el fonema “e” no existe en las lenguas vernáculos de origen malayo, la “e” en “felipeno” fue sustituida por la “i”, de esa manera se dice “Filipinas” y “filipino”. El término era irrespectivo de origen racial, e incluía a todo indígena, chino, criollo o sus mezclas.

En cuanto a la base alimenticia, el filipino come arroz, porque es asiático, pero la vianda con que se ha hecho una cocina nacional está a base del guisado español.

En resumidas cuentas la identidad filipina, por lo que se llama y por lo que come es hispánica (Gómez Rivera, entrevista efectuada en Manila en marzo 2008).

A pesar de lo que explica Gómez Rivera, y aunque se comparta su punto de vista, resulta a nuestra manera de ver necesario, si no estamos hablando de todo lo escrito por filipinos en cualesquiera lengua, delimitar el campo de investigación con un término adecuado que indicara no sólo el ámbito cultural, evidentemente filipino, sino también la lengua.

Ya desde hace tiempo los estudios post-coloniales han puesto de manifiesto como en realidad literaturas de países que se expresan en una lengua europea, la recibida del colonizador, formulan un propio discurso autónomo y autóctono, enriqueciendo y apropiándose también del medio lingüístico heredado; es un fenómeno que se verifica tanto en inglés así como en francés, en portugués y por supuesto en español. No cabe duda de que los modelos del discurso en Filipinas fueron importados de España, pero el español en Filipinas, al igual que en los otros países que fueron colonias de España (no sólo los americanos, sino también los africanos) supo utilizar la lengua del conquistador para adaptarla a su situación y crear un discurso autónomo que es, en su aspecto más evidente pero no único, el discurso independentista¹. Este fenómeno revela como el español a finales del siglo XIX (si no ya antes) era patrimonio de una comunidad nueva que iba a

¹ La primera constitución, la de Malolos está escrita en español y la de 1935 también.

nacer. Por lo tanto, sería un grave error de interpretación de nuestra época moderna, considerar lo escrito en español como algo, importado, extraño y ajeno a la identidad filipina.

En fin, lejos pensar que esa entidad cambiante e indefinible que es la nación, se pueda identificar simplemente con la unidad-uniformidad lingüística, no podemos no compartir la afirmación de Renan el cual reconocía la esencia de la nación en el ser “un alma” y “un principio espiritual”; y explicaba su existencia como “la posesión en común de un rico legado de recuerdos [...] y la voluntad de continuar haciendo valer la herencia que se ha recibido indivisa” (Renan 82). El ilustre francés escribía, hace más de un siglo, con referencia a la lengua (y *latu sensu* a la literatura, también vehículo de identidad), que: “La lengua invita a la unión pero no fuerza a ella... Hay en el hombre algo superior a la lengua: es la voluntad. La voluntad de Suiza de permanecer unida, pese a la variedad de estos idiomas, es un hecho bastante más importante que una similitud a menudo obtenida mediante vejaciones” (Renan 76-77).

Evidentemente, por todo lo ya dicho y a pesar de cierta fragmentación cultural-lingüístico-literaria, la posibilidad de una síntesis, de una visión unitaria es forzosa: lo filipino parece autopercebirse en sí mismo y en su propia visión del mundo como una compleja realidad austro-asiática construida sin duda con el aporte del catolicismo de matriz ibero-americana, y modificado sucesivamente por la influencia norteamericana. Como bien afirmaba Nick Joaquin: “It was Felipe Segundo who started the development of a national community by gathering us together under the sound of the bell” (Joaquin 410).

Sin embargo, cierta aclaración es sentida necesaria por todo autor, a la hora de ordenar el *corpus* de los textos para hacerlo accesible y claro a quienes quieran acercarse a esta complejidad cultural. Es éste el caso por ejemplo de los manuales de escuela que debiendo proporcionar los textos de una forma accesible al estudiante, necesitan ordenar, seleccionar, resumir y en fin, formar un canon que sea lo más posible representativo de esta variedad que la historia nos va entregando. La tendencia de estos textos puede ser a veces la de periodizar las etapas literarias vinculándolas tal vez demasiado a la historia político-militar; de esta forma se habla de etapa precolonial (en lenguas vernáculos, prevalentemente tagalo), literatura colonial (española), literatura bajo el colonialismo norteamericano (en español y en inglés), literatura de la República, literatura de la época de Marcos, Literatura de la EDSA, estas últimas en inglés y tagalo. En realidad, con pausas, toda lengua sigue produciendo su literatura, esto sólo a veces los críticos lo registran, sobre todo el fenómeno es evidente e ineludible a principios de 1900: “During the American Period, our literature turned trilingual with the introduction of English [...] our literature came to be written in the vernacular, Spanish and English” (David-Maramba 282); por lo tanto hay que tener en cuenta que en el caso de Filipinas su literatura es en sí “polifónica”, y aunque en cierta época prevalezca, por razones de prestigio, de control político o de contingencias concretas, un modelo lingüístico, los otros siguen evolucionando, creando, y persistiendo.

Puesto, como ya se dijo, que la expresión “literatura filipina” no basta, habrá que escoger un término que indique por un lado la geografía y cultura (el ambiente físico y mental filipino) y por el otro la lengua (en este caso el español de Filipinas) sin que esto tenga matiz peyorativo o de periodización histórica, ya que la producción en español (al igual que aquella en inglés) no se puede reducir a la sola época de la colonia.

En general, se suelen utilizar sin particular diferencia los términos filipinohispano, filipino-hispano, contraídos en fil-hispano o filhispano, hispano-filipino e hispanofilipino, o aún las perífrasis “filipino en español” o “en castellano”. Ninguno de estos está registrado por el diccionario del la R.A.E. y tampoco hay ningún otro adjetivo que designe estos conceptos.

Estanislao Alinea afirma que:

Se debe llamar FILIPINOHISPANA (con la palabra “FILIPINO” antes del vocablo “HISPANA”) y no HISPANOFILIPINA ni mucho menos ESPAÑOLA porque se refiere a las obras literarias escritas y publicadas por los escritores y literatos filipinos (o españoles que se consideraron filipinos a sí mismos) en el país (XIV).

El término “fil-hispano” o “filhispano”¹ (“Filipinohispano” casi no se usa) goza de más prestigio; es una etiqueta que se empieza a utilizar por los cultores de las letras en castellano, a mitad del siglo XX, y que se hace necesaria por el surgimiento de una producción escrita en inglés por filipinos, lo cual obliga a precisar la lengua en que está escrita la nueva literatura filipina. Este adjetivo quiere subrayar por un lado la “filipinidad” expresada con el prefijo “fil-” que, puesto al principio, debería prevalecer sobre la integrante hispánica, la cual solamente matiza la lengua. Es un término algo oscuro, que se hace comprensible solamente a los aficionados de estos estudios; secundariamente la palabra se parece excesivamente a “filohispano”.

Las perífrasis “literatura filipina en castellano” o “literatura filipina en español”, de influencia anglosajona, separando de forma radical las dos integrantes, la autóctona y la metropolitana, tienen el evidente límite de sonar como el resultado de una cultura española de ultramar, de algo simplemente importado y no ya como el efecto de algo nuevo y subsistente, es decir de la fusión cultural de distintos elementos que se expresan en el *mestizaje*.

Efectivamente en Filipinas, igual que en Latinoamérica se produjo un proceso de transculturación, que “no consiste solamente en adquirir una distinta cultura” sino que al mismo tiempo implica la pérdida de una cultura anterior, o sea “una parcial desculturación”, y la “consiguiente creación de nuevos fenómenos culturales que pudieran denominarse de neoculturación” (Ortiz 142). En otras palabras se encontraron la realidad malayoaustronesia y la iberoamericana comprendiendo en eso no sólo el aporte fundamental ibérico sino también el igualmente fundamental aporte de México (y en forma menor, de los demás virreinos de América) ya que, faltando el contacto directo con la madre patria “durante más de doscientos años, no tendrá otro contacto que el de la Nueva España” (Bernal 22). De manera que también para Filipinas se podrían utilizar las palabras de un historiador hispanoamericano: “un mundo hispanico, real y concretamente integrado *por lo español* y *por lo hispanoamericano*, por una colectividad de pueblos afines, cada uno, a su vez, con sus respectivas peculiaridades” (Lazo XV) en donde habría que substituir “hispanoamericano” por “hispanofilipino”².

Por ello, literatura «Hispanofilipina» y no «Hispano-Filipina», como si se tratara del resultado de dos intergrantes diferentes y yuxtapuestas, nos parece el término más oportuno. En la palabra «filipino» - como explica Gómez Rivera - ya está incluido el concepto cultural de hispánico como algo propio. Lo que no está explicitado en la palabra «filipino» y que sería de precisar hablando de literatura, es la presencia de la lengua española. Evidentemente el término «hispanofilipino» utilizado en sentido histórico o antropológico, tendrá un matiz y unos confines diferentes, ya que es prácticamente único el caso de Filipinas de haber sufrido dos colonizaciones tan distintas y culturalmente penetrantes a la par de antagónicas.

Si utilizamos las palabras de otro crítico hispanoamericano, podríamos afirmar que en Oriente nació:

una sociedad organizada y desarrollada en íntima relación con la historia y la cultura de la península, pero modificada por las circunstancias [filipinas]. Éstas comprenden un nuevo paisaje y clima, y, principalmente, el contacto con otras culturas con componentes indígenas bien diferenciadas y en consecuencia, lenguas, costumbres, creencias, usos tradicionales que interactúan en formas imprevistas y determinantes (Goic 23).

¹ El embajador español en Manila y filipinista, Luis Mariñas Otero, en *La literatura filipina en castellano*, utiliza la denominación de literatura “filhispana” sin muchas puntualizaciones, él escribe: “al estudiar la literatura filipina en español – o literatura fil-hispana como la denominan sus cultivadores...”. Parece claro que Mariñas acepta y utiliza un término dentro de una tradición, de una costumbre consolidada y comunemente aceptada por ese grupo muy restringido que se ocupa de este tema. Sin embargo, no puede no notarse la contradicción de su título: *Literatura filipina en castellano*, que sugiere indirectamente que otra nomenclatura, como fil-hispano, hubiera resultado oscura.

² “Hispanofilipino”, todo junto, a indicar una nueva cultura y no “hispano-filipino” como resultado de dos integrantes separadas.

Curiosamente el caso de Filipinas puede parecer de alguna forma opuesto a lo de América, ya que si en América “la entidad llamada de estas variadas maneras [América Hispánica, Iberoamérica, Hispanamérica, Latinoamérica...], si bien designa una identidad geográfico-lingüística e histórico-cultural, carece de la fácil determinación filológico-política...”(Goic 24). En Filipinas en cambio, a la unidad política corresponde la fragmentación lingüística, pero no cultural. Así que igual que por América, para Filipinas también se puede decir que el español

es la lengua que, por un lado, hispanizó el Nuevo Mundo [vs. Filipinas] y dio nombres españoles a cosas nuevas en atención a su semejanza con lo conocido por el descubridor y conquistador, y, por otra, fue americanizada [vs. filipinizada] al admitir las voces indígenas (Goic 25)

Otros autores, en el caso de Hispanoamérica, han intentado crear un gentilicio más adecuado que tuviera en cuenta todos los aportes que han construido la realidad americana actual:

somos un continente multiracial y policultural [...] De allí que a lo largo de este libro no emplee la denominación «América Latina», inventada por los franceses en el siglo XIX para incluirse en el conjunto americano, sino la descripción más completa, Indo-Afro-Ibero-América, o por razones de brevedad, Ibéro-América o aun, por razones literarias cuando me refiero a la unidad y continuidad lingüística, Hispano-América. Pero en todo caso, el componente indio y africano está presente, implícito” (Fuentes 12).

Por la misma razón que explica Fuentes, al igual que América, con Filipinas todo término puede tener el defecto de incluir algo excluyendo otro, aunque no cabe duda de que “filipino” ya en sí, bien contiene la complejidad de estas siete mil islas.

Por la necesidad de delimitar los confines de lo literario, igual que “hispanoamericano” nos parece preferible el uso de la palabra “hispanofilipino”, más claro, eficaz y en evidente relación con su homólogo a la otra orilla del océano.

“Hispanofilipino” es palabra que el diccionario no registra, pero que goza de cierta tradición, no sólo con referencia al aspecto histórico-político sino también literario¹. Con “hispanofilipino” por lo tanto se va a entender todo lo escrito por filipinos (o españoles transplantados en Filipinas) en español en cualquier época².

¹ Como demuestran otros títulos, uno entre varios *Antología del Teatro Hispano-filipino*, (Universidad de Filipinas, 1983) de Farolán.

² Tal vez la literatura filipina escrita en inglés sea más claramente identificable con la etiqueta de “anglofilipina”. En español el término prácticamente no existe, por falta de una bibliografía de alguna relevancia sobre el tema.

En inglés los autores (mayoritariamente filipinos) suelen utilizar expresiones como *Philippine Literature in English* (por ejemplo Del Castillo y Tuazon, Yabes, Croghan) o menos frecuentemente *Filipino Literature in English*. Este término encuentra un “correspondiente” en las literaturas del Sudeste Asiático, o sea *Malaysian Literature in English* (o *Singaporean* o *Indonesian*) y no *Anglo-Malaysian*. Aunque se utiliza el término *Anglo-Indian*. También se utilizan etiquetas como *Asian American Literature*, *South Asian American Literature*.

Filipinas, con respecto a todos los demás países ex-colonias de habla inglesa, heredó el inglés por Estados Unidos y no a través de Gran Bretaña; por lo tanto se podría apuntar que el sufijo “anglo-” hace referencia a la cultura británica y no a la estadounidense.

Sin embargo el sufijo ANGLO- en las lenguas neolatinas – y también en la lengua inglesa – admite dentro de sus plurales significados, además de lo de “inglés”, “británico” etc., también la referencia al idioma sin por eso necesariamente remitir al Reino Unido (se apuntan los significados pertinentes).

En inglés:

Anglo-:

- combining form English: *Anglophone* (Oxford English Dictionary)
- (*Canada E, informal*) = Anglophone (Oxford University Press)

Anglo-America: cultural entity of North America whose common spoken language is English and whose folkways and customs historically have been those of northern Europe. It comprises most of the United States (Encyclopedia Britannica).

5. BREVE *EXCURSUS*

No es esta la sede para una detallada reseña de lo que es y ha sido la literatura hispanofilipina, para eso, aunque una obra exhaustiva todavía falte, hay manuales, antologías y recopilaciones que se ocupan tan sólo de literatura hispanofilipina así como de lo escrito en castellano en el contexto más amplio de lo escrito en inglés, tagalo y más lenguas.

Relevamos sólo una cuestión, que, con la invasión norteamericana y la difusión del inglés, el país se ha encontrado en la singular situación de tener dos idiomas europeos. Estos idiomas han intentado dominar el uno sobre el otro con una lucha sin cuartel hasta la Segunda Guerra Mundial. Afirma Asunción David-Maramba: “Another Western culture, specifically the American culture, carried by the new language, complicated our cultural status and contributed to our already problematical «cultural complex»” (David-Maramba 282).

A partir de entonces el inglés prevalece decididamente y el español, poco a poco, en razón también del cambio en la enseñanza, ve la franja de los que lo utilizan reducirse y se queda como lengua de una minoría, lengua de cultura o de cierta élite, lo que le va atribuyendo un matiz algo clasista y lo pone en relación con valores socio-culturales conservadores si no hasta reaccionarios.

En esa época (hasta la Segunda Guerra) de contienda y competencia que decíamos, no bajó el nivel de producción literaria, sino que todo lo contrario, se continuó publicando libros y editando periódicos y revistas:

Es muy digno de tenerse en cuenta que en tanto los americanos hacen todo género de esfuerzos por imponer el inglés en Filipinas, los filipinos, sin dejar de aprenderlo, cultiven hoy el castellano con mayor fervor que nunca, hasta el punto que sus periódicos o los escriben en lengua indígena o en español, pero ni por casualidad escriben uno tan sólo en inglés. Ellos han logrado que el español sea por lo menos hasta el año 1911, el *idioma oficial*, acaso a partir de dicho año cambien las cosas. De todas suertes, obsérvase allí un fenómeno verdaderamente sorprendente: aspirase a que el castellano sea el lenguaje *político y literario* interinsular (Retana y Gamboa 171).

Y también el embajador español ya citado registraba este curioso hecho, afirmando que: “En Filipinas se da el contrasentido de que la desaparición del poder político español viene a coincidir con la época de mayor florecimiento y utilización del idioma castellano” (Mariñas Otero 51). En la “época americana” como después, hay valiosos autores que realmente son escritores filipinos por nacimiento, formación cultural y, añadiríamos, por corazón, por su peculiar manera de sentir; entre ellos destacan: Guillermo Gómez Windham (1880-1957), Jesús Balmori (1886-1949), Manuel Bernabé (1890-1960), Claro Mayo Recto (1890-1960), Antonio Abad (1894-1970), Adelina Gurrea

Anglo-phone: A person who speaks English, especially in countries where English is not the only language that is spoken (*Oxford advanced learner's*, edition by S. Wehmeir, Oxford University Press, 2000, 6 ed.)

En español:

Anglohablante: Que habla inglés (Enciclopedia Espasa-Calpe); que tiene el inglés como lengua materna o propia (Diccionario RAE).

Anglófono: Dicho de una persona o de un país: Que tiene el inglés como lengua nativa (RAE).

Angloamericano: Natural de los Estados Unidos de América; perteneciente o relativo a este país (RAE).

Anglocanadiense: canadiense de ascendencia y lengua inglesas (RAE).

En francés:

Anglophone: adj. XX^e siècle. Composé d'anglo- et de -phone, du grec *phônê*, «voix; son; langue». Qui parle anglais. Les populations anglophones. Les pays anglophones. L'Afrique anglophone. Subst. Un, une anglophone. (Dictionnaire de l'Académie française. Paris: Imprimerie nationale, 1992, neuvième édition)

En italiano:

Anglo-:

Più com. come primo elemento di parole composte, con riferimento all'Inghilterra antica o moderna o alla *lingua inglese* (per es., anglo-normanno, anglosassone, angloamericano; anglofilia, anglomania ecc...). (*Vocabolario della lingua italiana*. Roma: Istituto della Enciclopedia Italiana, 1987).

Angolofono: che (o chi) parla abitualmente l'inglese come lingua di comunicazione: *le popolazioni anglofone*. (*Vocabolario della lingua italiana*).

Monasterio (1896-1971), Enrique Fernández Lumba (1899-1990) y otros. Si estas generaciones nacidas entre finales del siglo XIX y primeras décadas del XX gozan de cierta atención y prestigio hasta los años 40, es también verdad que van perdiendo influencia con los años. Sin duda, acierta Álvarez Tardío al clasificar a algunos de estos autores, como es el caso de Adelina Gurrea, de relegados en el “limbo de los escritores a medio camino”, es decir, en ese “gremio” de escritores que, eligiendo el español en una época de florecimiento del inglés, “podríamos agrupar bajo el nombre de escritores desarraigados” (Álvarez Tardío, texto en prensa).

En fin, es de resaltar que desde la fecha de fallecimiento de estos ilustres autores (cuyas obras han sido antologizadas en textos destinados a la enseñanza) no ha pasado tanto tiempo como para considerar este sector de la literatura filipina definitivamente perdido y perteneciente al pasado¹.

6. EN LA ACTUALIDAD

Hoy, como antes se ha dicho, el español en Filipinas es tan minoritario que ya ha dejado de ser lengua vehicular. Se estudia por cultura o por razones de trabajo y muy pocos lo tienen como patrimonio familiar.

De este pasado sin duda queda una presencia visible en unas instituciones prestigiosas: la Academia Filipina fundada en 1922, y correspondiente de la Real Academia Española de la Lengua, y el Premio Zóbel, creado en 1920 y otorgado por la familia homónima a partir de 1922².

A pesar de esto, para definir si existe o no una literatura hispanofilipina será preciso considerar las publicaciones y sus autores.

Efectivamente algunas publicaciones en español siguen saliendo a la luz. Se trata de trabajos distintos entre sí, de género muy diferente, que se editan tanto en Filipinas como, con cierta frecuencia, también fuera del país. Se han producido libros que considerariamos propiamente literatura, es decir poesía, memorias, autobiografía, teatro, cuento; pero hay también una producción ensayística de tema histórico, histórico-literario, de costumbre, lingüístico y antologías. *A látere* existe una producción variada compuesta por textos periodísticos³, alguna traducción al español de textos literarios filipinos de otras lenguas y textos de didáctica del español para filipinos u otro tipo de soporte lingüístico. En este escaso pero interesante panorama, falta el género príncipe de la literatura, es decir la novela. No se escriben novelas (buenas o malas) en español o por lo menos no salen a la prensa⁴.

¹ En la antología para la enseñanza *Discursos de Malolos y Poesías Filipinas en Español* entre otros se publican textos de: Manuel Bernabé, Claro Mayo Recto, Adelina Gurrea Monasterio.

Luis Mariñas Otero, citaba en su libro de 1974 los nombres de muchos escritores, ensayistas, periodistas y lingüistas hispanohablantes de aquel entonces: Luciano de la Rosa, Sixto Orosa, José Bantung, Francisco Palisoc, Eduino Solís, Florencio Magno, César Mata, Vicente Padriga, Miguel y Rafael Ripoll, Antonio Serrano, Enrique Fernández Lumba, Francisco Zaragoza y Carrillo, Guillermo Gómez Rivera, Federico Licsi Espino, Angel Estrada, Eliodoro Ballesteros, Mariano Loyola, José Figueroa, Plectro Alejandrino, Mariano de los Reyes, Ernesto Dezcallar, Rodolfo Gonzáles Monasterio, Conchita Huerta, Nilda Guerrero de Barranco, Rosario Clemente Zulueta, Araceli Pons, Leonor Agrava, Felisa Apóstol, Mercedes M. López, Rosario Lam, Elvira Curameng Armas, Esperanza Lázaro de Baxter.

² Hoy en día se encargan del prestigioso galardón y de su legado Doña Georgina Padilla Zóbel de Macrohon y Don Alejandro Padilla Zóbel.

³ En el “Manila Chronicle”, a partir de 1994 y hasta 1997, todos los domingos salía una sección de cuatro páginas en español bajo el título “Crónica de Manila”. En ella se trataban temas de cultura filipina, la historia de la Filipinas española, actualidad etc... Contribuían con sus artículos Wystan de la Peña (al que se agradece por la información), Emmanuel Luis Romanillos, Erwin Thaddeus Bautista, Lourdes Brillantes (todos profesores de la Universidad de Filipinas), otros hispanistas como Guillermo Gómez Rivera y también personal de las embajadas de los países hispanohablantes.

⁴ A este respecto es oportuno señalar dos novelas en español que se han publicado en estos últimos años: *La última de Filipinas* por Carmen Güell (Barcelona: Belacqua, 2005) que relata la historia novelada, pero basada en hecho verídicos, de una familia mestiza de Iloilo, narrada en primera persona por una de sus personajes Nena (Elena) y *Y solpará el Amijan* de Manena Munar (Barcelona: Alay, 2003). Ambas autoras en sus obras hablan de Filipinas, y con este país de alguna forma están vinculadas aunque no son filipinas, sus obras por lo tanto no caben dentro de la literatura filipina.

Otro dato preciso de apuntar es que parte de esta producción suele salir en versión bilingüe español/inglés, en donde la versión castellana representa el texto original, mientras que la traducción al inglés tiene como objetivo el hacerse comprensible al público nacional.

A continuación se reseñan algunos autores y sus obras.

Entre los que se encuentran en la actualidad, pero desde hace muchos años retirados de la escena cultural, habría que mencionar: a **Federico Espino Licsi**, ilustre voz filipina de la poesía en tres lenguas, premiado en su tierra con el Zóbel (1978) y en España con el Primer Premio de la III Biental de Poesía Ramón de Basterra (1977); a **Conchita Huerta**, premio Zóbel 1965, hoy en día residente en Australia y quien mucho animó la defensa del español desde las columnas del periódico “El Maestro”, órgano oficial de la CONAPE (Corporación Nacional de Profesores de Español); y por fin a **Rosario Clemente Zulueta**.

De los hoy en día todavía activos, habrá que señalar el ya citado **Guillermo Gómez Rivera** (Iloílo, 1936), una figura histórica de la cultura hispanofilipina. Es sobrino-nieto de Guillermo Gómez Windham, un ilustre intelectual filipino y hombre del gobierno colonial estadounidense que fue el primer escritor a ganar, en 1922, el Premio Zóbel. Gómez Rivera estudió en la Universidad de San Agustín de Iloílo y en el colegio de San Juan de Letrán. Posteriormente fue catedrático de español en la Adamson University de Manila. Periodista, escritor, poeta, lingüista, ensayista plurilingüe, durante décadas ha animado la cultura de su país promoviendo la valoración del aporte hispánico a través de varias actividades. Fue miembro de la CONAPE y ha colaborado y dirigido revistas de lengua española como “El Maestro”, “El Nuevo Horizonte” y “La Nueva Era”, única revista filipina en español que todavía, él mismo, con encomiable esfuerzo, sigue editando. En 1975 ganó el premio Zóbel por la obra teatral *El caserón*. Importante es también su trabajo como lingüista, participó en la *Philippine Constitutional Convention* (1971-1973) en la que defendió la preservación del español. Es el miembro más antiguo de la Academia Filipina. En español ha publicado, además de *El caserón* (Manila: Nueva Era Press, 1975)¹, varios cuentos aparecidos en revistas en los años 60, 70 y 80, y el panfleto polémico *El conflicto de las islas Malvinas* (Manila: [s.e.] 1984) en versión bilingüe. Entre sus ensayos se señala *La literatura filipina y su relación al nacionalismo filipino* (Manila: [s.e.] 1973 y 1976) y ha recopilado varios libros de didáctica del español para filipinos.

En una reciente entrevista justificó su aptitud de escribir en español de esta forma:

[El intelectual de habla hispana goza de] un espacio bien limitado, cuando no prácticamente cerrado dentro del ámbito actual en Filipinas. El español fue objeto de persecución genocida por parte del nuevo colonialismo cuyo empeño es imponer, a fuerza de leyes y castigos económicos, el idioma inglés a cada filipino sin darle la alternativa de siquiera cultivar oficialmente su propio idioma natural y el idioma español de sus antepasados y héroes nacionales como José Rizal, por nombrar a uno de tantos prohombres nacionales. Un servidor escribe en español para proclamar su identidad filipina y su hermandad con todos los españoles e iberoamericanos amén de iberoafricanos y demás hispánicos del mundo (Gallo nov-dic 2007).

Su obra *El caserón* es una interesante pieza teatral en la que se debate el problema de la identidad nacional a través de los conflictos personales y generacionales en el seno de una familia mestiza de principios de 1900. La comedia, escrita en un castellano muy elegante, denota su afiliación a otros dramas filipinos como *Solo entre las sombras* de Recto.

Un segundo autor que sigue publicando en español es **Edmundo Farolán Romero** (Manila, 1943). Filipino nacido en Manila, fue profesor en la Universidad Ateneo de Manila y en la Universidad de Filipinas (UP) y luego se trasladó a Canadá. En la actualidad vive entre Filipinas y Canadá. Él también es miembro de número de la Academia Filipina de la Lengua Española y fue premiado con el Zóbel en 1981 junto con Enrique Centenera. En castellano ha publicado los poemarios *Lluvias Filipinas* (Madrid: Imprenta Murillo, 1967), *Tercera Primavera* (Bogotá: Editoriales

¹ Estos datos bibliográficos se indican en el texto entre parentesis ya que se consideran parte integrante de la información de este estudio y no simplemente bibliografía de referencia.

Cabrera, 1981) y, recientemente, *Itinerancias/comings and goings* (San Francisco: Carayanpress, 2006). Suya es la única novela breve en español *Nóstalgica* editada en la revista “Nuevo Horizonte” supuestamente en 1997. Farolán tiene también varios títulos inéditos, como los dramas *Aguinaldo* y *Los burócratas* o el cuento *Palali* y los va poco a poco sacando a la luz. Ha publicado los ensayos *Literatura filipino-hispana: una breve antología* (Manila: Versman, 1980), *Antología del Teatro Hispano-filipino* (Manila: Universidad de Filipinas, 1983) y los textos didácticos *Gramática y Práctica* (Manila: Nuevo Horizonte, 1979) y *Español para universitarios filipinos* (Manila: Nuevo Horizonte, 1981). Ha escrito también en inglés y parte de su obra está en versión bilingüe español/inglés.

La razón por la que ha escrito y sigue escribiendo en castellano es que, como declaró en una entrevista, hace poco:

Mi abuelo era español, de Málaga, por esta razón en nuestra casa se hablaba español, mi madre me hablaba en español, siempre he oído hablar en español alrededor de mí, y siempre me he sentido español. El filipino es español en su cultura. Si no fuera por un accidente histórico cuando vinieron los norteamericanos, la lengua filipina seguiría siendo el español (Gallo CIEHL 105).

Su poesía en español formalmente rompe todo esquema tradicional y acepta recursos de gusto post-moderno; poéticamente está influida por el Existencialismo. Aunque en sus versos, no debata tan polémicamente el *topos* “hispanico”, el tema central de su inspiración es la identidad fragmentada del yo, del hombre contemporáneo.

Otro texto poético editado hace poco en Manila es el poemario en español de **Hilario Zialcita y Legarda** (1913) bajo el título *La nao de Manila* (Manila: por Caridad Sevilla, [2004]). Miembro de la Academia, Don Hilario, que desde siempre publicó poemas en revistas, ha presentado en esta recopilación bilingüe (original en castellano con traducción al inglés) textos en su mayoría compuestos en los años 90 (veintes piezas) y diez en los últimos años del nuevo milenio; sólo tres se remontan a los años de su juventud.

Con fecha reciente han aparecido dos poemarios plurilingües que presentan una sección en español. Se trata del libro *Witch' dance*¹ (Manila: Anvil, 2000) de **Marra Lanot**, quien escribe habitualmente en inglés y tagalo; y de un poemario cuadrilingüe, *Noelses* (Manila, UST Press, 2005) de **Noel Guivani Ramiscal**; en este libro con una sección en inglés, otra en tagalo y una tercera en español, aparece una cuarta en ybanag (con Juanita Ramiscal).

Si pasamos a considerar otros tipos de textos que mantienen viva la tradición literaria en castellano, hay que mencionar la labor de **Lourdes Castrillo de Brillantes**. Nacida en San Juan, Manila, ha sido profesora en la Universidad de Filipinas; miembro de número de la Academia Filipina, se le otorgó el premio Zóbel en 1998. En español ha publicado hace unos años el libro *80 años del Premio Zóbel* (Manila: Instituto Cervantes – Fundación Santiago, 2000), importante recopilación que traza por primera vez la historia de este premio – creado el 25 de julio de 1920 por Don Enrique Zóbel de Ayala – así como de la familia Zóbel. Castrillo de Brillantes es también autora de las traducciones al español de la monografía de Bienvenido Lumbea *Pelikula: un ensayo sobre cine filipino* (Manila: Cultural Center for the Philippines, 1990) y de la obra de teatro de Nick Joaquín *Retrato del artista como filipino* (Quezon City: UP Press, 2000).

A la Academia Filipina pertenece también **Macario Ofilada Mina** (Manila, 1971). Ha sido profesor de filosofía en la Universidad de Santo Tomás y ahora es profesor de español en Manila; puede contar con una notable formación filosófica y teológica construida en los ateneos filipinos y españoles. Es autor del óptimo estudio, publicado en España, *San Juan de la Cruz: el sentido experiencial del conocimiento de Dios: claves para un acercamiento filosófico a San Juan de la Cruz* (Burgos, Monte Carmelo 2002) y del más reciente *Filosofía, lenguaje, mística: Desde las entrañas del espíritu* (Quezon City, Giraffe Books, 2005).

¹ En *Witch' dance*, texto trilingüe en inglés, tagalo y español, aparece la tercera sección “Baila conmigo” que contiene los siguientes poemas: *Cómo quisiera, Pienso en ti, Sólomente platicamos, Quiero, México, España, Cantar al hombre, Él dice que la quiere, Frida, Revolucionarias, Rezo, Lluvia, Vida, Flores, Baila conmigo*, pp. 167-189. Los poemas están traducidos al inglés.

Otro ensayo publicado en Filipinas, parte en español y parte en inglés, es *Chabacano Studies. Essays on Cavite's Chabacano language and literature* (Cavite, Cavite Historical Society, 2006), una colección de artículos sobre este criollo del español, recopilada por **Emmanuel Luis Romanillos** de UP.

Todos los libros citados han sido publicados en Filipinas – a excepción de algunos de Farolán – por pequeñas o medias editoriales, por tipografías o dentro de proyectos de cooperación cultural (sólo el libro de Ramiscal está editado por Santo Tomás University Press). Las mayores casas editoriales del país son las de las universidades (UP Press, UST Press y Ateneo Press); entre ellas la que más ha dedicado atención a publicaciones filipinas en español es UP Press, perteneciente a la Universidad de Filipinas, que concentra en su facultad de Letras el centro universitario *hispanófono* del país (el único que ofrezca una formación completa en español, hasta el doctorado) y que cuenta entre sus profesores numerosos miembros de la Academia Filipina. En años recientes su *Sentro ng Wikang Filipino* ha publicado el ensayo socio-lingüístico *Los hispanismos en los medios de comunicacion* (Quezon City: Sentro ng Wikang Filipino-Unibersidad ng Pilipinas, 1998) escrito por la profesora **Teresita Alcántara y Antonio**, y ha editado ensayos histórico-culturales como los del profesor **Edgardo Tiamson y Mendoza** *Los colonizadores de Filipinas ante los ojos de Claro M. Recto y Manuel Bernabé* (Quezon City: Universidad de Filipinas, 1990) y *Filipinas a Cristobal Colón* (Quezon City: Universidad de Filipinas, 1991), además de algún libro de didáctica del español¹.

Editado en España, pero escrito completamente por filipinos residentes en el país, es una antología poética que en 2001 se ha publicado por Jaime B. Rosa. *Lo último de Filipinas* (Madrid: Huerga e Fierro, 2001) recoge poemas de autores filipinos en texto original y traducción al castellano. Dividido en tres secciones, además de poemas escritos en inglés y tagalo, presenta también una sección de versos compuestos en español; entre los autores de ésta figuran: Wystan de la Peña, Salvador Malig, Mario Aguado, Ramón Guevara y Biel, Emmnauelle Perlas A. Andaya, Amador Rey A. Beloncillo, además de los ya citados Marra Lanot, Noel Guivani Ramiscal y Macario Ofilada Mina.

Lo reseñado hasta aquí es lo que en años recientes se sabe publicado en Filipinas². Sin embargo, destaca también una curiosa producción de ediciones de textos escritos por filipinos en español fuera del país.

Entre estos autores no se puede no mencionar al ilustre estudioso filipino **Antonio Molina y Memje**, quien, aunque haya fallecido hace pocos años (2000), ha desarrollado una labor importante en el panorama de la historiografía filipina en lengua española, además de que sus libros han aparecidos en años recientes. Molina, que fue miembro de la Academia Filipina y premio Zóbel 1985, ha sido autor de una monumental *Historia de Filipinas* (Madrid: ediciones Cultura Hispánica, 1984), única obra documentada sobre la historia filipina escrita en español por un filipino, y de varias otras contribuciones como el texto *América en Filipinas* (Madrid, Mapfre, 1992), *Obras clásicas para la historia de Filipinas* (Madrid: Fundación Histórica Tavera-Digibis, 1998) y el diario de Rizal comentado *Yo, José Rizal* (Madrid: Ediciones de Cultura Hispánica, 1998) que han contribuido al conocimiento y divulgación de Filipinas en el mundo de habla hispana.

De diferente tenor son los libros que van saliendo en otros países.

Recientemente **Edwin Agustín Lozada** (San Fernando, La Unión, 1953), en San Francisco, en donde trabaja como profesor de español, ha publicado dos poemarios, ambos en versión bilingüe español/inglés: *Sueños anónimos – Anonymous Dreams* (San Francisco: Carayan Press, 2001),

¹ Como por ejemplo *Abreganas: español básico para universitarios filipinos* compuesto por los profesores de UP Edgardo Tiamson y Conchita Villar (Quezon City: Sentro ng Wikang Filipino - Unibersidad ng Pilipinas 2003) o *Suerte: español básico para universitarios filipinos (continuación de abreganas)* por los profesores ya mencionados y Febe Soledad M. Luntao (Quezon City: Sentro ng Wikang Filipino - Unibersidad ng Pilipinas 2005). Estos libros, junto con otros, demuestran curiosamente como, por distintas circunstancias, en el país se haya ido formando una didáctica del español específica para filipinos.

² Se ha tratado de recoger y elencar todo lo conocido; evidentemente es posible que algo haya pasado desapercibido.

Aunque no se pueda considerar una publicación en español se señala igualmente el precioso texto *The Governor-general's Kitchen: Philippine Culinary Vignettes* (Pasig City: Anvil, 2006) por Felice Prudente Santa María que propone numerosos e interesantes recortes de periódicos filipinos de la época escritos en español.

que incluye *Mi último adiós* de Rizal con una traducción al inglés hecha por Lozada, y *Bosquejos/Sketches* (San Francisco: Carayan Press, 2002) que en su primera edición estaba solamente en castellano. En una entrevista del año pasado declaró que la razón por la que eligió el español como lengua de expresión artística es que: “Llegué a los Estados Unidos a los diez años, pero con una identidad filipina ya bastante establecida. Escribo en español para contribuir a la literatura hispanofilipina” (Gallo julio 2007).

Hace poco ha recopilado y editado una antología en inglés *Field of Mirrors* (San Francisco: Philippine American Writers and Artists, 2008) en donde ha recogido textos de autores filipinoamericanos descubriendo que algunos de ellos (Nick Carbó, Eilleen Tabios y Patrick Rosal) han compuesto textos poéticos, no sólo en inglés sino incluso en castellano.

Otra autora filipina que reside en el extranjero es **Elizabeth Medina Seno** (Ciudad Quezon, 1954) establecida en Santiago de Chile; allí trabaja como traductora pero se dedica también al estudio y la recuperación de la memoria filipina que intenta poner en relación con la historia hispanoamericana. En 2006 publicó un interesante libro bajo el significativo título *Sampaguitas en la cordillera. Reencuentros con Filipinas en Chile* (Santiago de Chile: RIL, 2006), un libro mosaico, una auto/etnobiografía en donde relata eventos de su vida y de la de su familia, especialmente en consecuencia de los hechos que afectaron a los Medina durante la invasión japonesa. Un aspecto muy interesante de esta obra es como la autora reflexiona sobre su propia identidad de filipina y como esta identidad ella la pone en relación con la formación semejante de Hispanoamérica; a este respecto también la lengua española va adquiriendo un diferente valor dentro de la construcción de una identidad auténticamente filipina. A propósito del hecho de que escribe en español la autora declaró hace poco:

Mi *ethos* como escritora es servir de puente entre los filipinos y los latinoamericanos. El español es uno de los idiomas filipinos pero se ha difundido la creencia errónea de que los filipinos nunca hablamos el castellano. Por otro lado, en América Latina se difunde hoy por hoy el inglés como un idioma elitista, y no estoy de acuerdo. El contenido y la intención transforman un idioma en un arma para dividir y subyugar. Quiero que nos conozcamos, que corramos los velos, y para eso hay que esgrimir los idiomas como puentes capaces de vincular y enamorar en vez de alienar (Gallo mayo-junio 2007).

Una artista cebuana pero residente en Canadá es **Paulina Constancia Lee y Cornejo** (Cebú, 1970). Su principal actividad es la pintura pero se está dedicando también a las letras. Es autora de un breve poemario bilingüe español/inglés con el título *Brazos abiertos/ Open arms* (New Westminster: World Poetry Publishing, 2003) que tenía la función de acompañar y comentar sus obras pictóricas; dentro de poco publicará unos cuentos. Ella también justifica la elección del español con estas palabras: “Es algo sentimental para mí. La lengua ha dado a mi corazón una voz nueva y alternativa que sólo me gustaría compartir con los que quieran escuchar los ecos de la felicidad que la lengua me ha regalado...” (Fernández).

En 2006 salió otro libro, publicado en Barcelona por la editorial Parnass, por **María Dolores Tapia del Río**, *Mis memorias de la guerra de Filipinas* (Barcelona: Parnass, 2006). Como indica el título, es un libro de memorias que habla de la guerra vivida y sufrida en Filipinas. La autora es hija de un español que emigró a Filipinas a principio de siglo y allí se casó con una bicolana. La familia se trasladó a España tras la guerra. Se podría oponer la razón que Tapia del Río ya es española y que su texto habría que inscribirlo en la producción de este país. Sin embargo, la autora en su texto no solamente habla de Filipinas, sino que su escritura revela una fuerte vinculación con las islas las cuales no han dejado de ser su país a pesar de que el destino le haya llevado a vivir en otro lugar. En este sentido creemos que es significativo el hecho de que al año siguiente tradujo por la misma editorial su libro al inglés, evidentemente para alcanzar al público filipino (incluyendo en eso parte de su familia) que no tiene acceso al español.

7. CONCLUSIONES

A modo de conclusión se presentan estas pocas consideraciones que no tienen ya la pretensión de afirmar algo definitivo y exhaustivo sobre el tema, sino desean reflexionar, desde una

perspectiva poco considerada, sobre un fenómeno evidentemente marginal pero existente e interesante y que hasta ahora sigue ignorado.

Si con la denominación “literatura hispanofilipina contemporánea” se pretende decir que hoy en día una entera comunidad nacional se expresa y se reconoce mayoritariamente en esa lengua que vino de España hace siglos, pero que a lo largo del tiempo anduvo adquiriendo un papel nacional por haber sido primeramente la lengua de la colonia, y más tarde la lengua de los reformadores y fundadores de la patria independiente – igual a lo que ocurre en países como México, Colombia o Venezuela – pues entonces, es evidente que no existe una literatura hispanofilipina contemporánea.

Sin embargo, a pesar de esta evidencia, al que se ponga a considerar los datos sin prejuicio, no puede no resultar igualmente patente que algo, por una razón u otra, sigue produciéndose y continua vigente. Pudiendo ser el castellano lengua familiar o lengua aprendida, no todo escritor tiene el mismo dominio del idioma e igual facilidad en la versificación o semejante fluidez en la construcción del período, tan pronto como alguna vez el publicar en la lengua de la antigua Metrópoli puede ser una favorable circunstancia editorial que brinda prestigio. A raíz de ello, en este estudio la atención voluntariamente no se ha detenido tanto en el valor estético de los escritos, sino en la mera existencia de los textos mencionados, ya que se ha considerado como un “valor” en sí la misma pervivencia, es decir la persistencia de esta elaboración cultural; por esta razón se ha tomado en cuenta también aquel tipo de publicaciones que no se suelen considerar literatura (verso o narrativa).

Lo que se ha intentado es exponer datos que pueden parecer de poca relevancia si leídos separadamente o hasta de nula significación si son comparados con la cantidad/calidad del *corpus* en lengua tagala o inglesa. No obstante, a nuestra manera de ver, estos testimonios que se han ido reseñando, no son simples elementos sueltos que no tienen relación entre sí, ni correspondencia con el país real, sino que más bien adquieren su valor y su razón de ser sólo dentro de una tradición autóctona, es decir dentro de esa continuidad cultural y literaria filipina que se ha construido y formado durante unos siglos, y que, aunque hoy en día se desconozca o hasta se desvalore por parte de algunos, es un patrimonio que sigue teniendo su importancia y su influencia. A este respecto será útil considerar la riqueza del *corpus* hispanofilipino a lo largo de toda su historia hasta hoy en día; si lo comparamos con otras tradiciones nacionales que se han originado de la experiencia colonial y que, justamente, en la actualidad tratan de reivindicar su dignidad y vitalidad – piénsese en la literatura hispanoguineana o en la lusotimorense – la producción hispanofilipina sobresale por cantidad y valor estético.

Con respecto a lo escrito en la actualidad, diríamos que las obras no son anacronismos, sino la parte final (¿o simplemente la fase actual?) de un proceso más largo: son el esfuerzo de quien trata de transmitir lo que siempre ha poseído como patrimonio filipino propio, o la elaboración personal del que, en cierto momento de su vida, (re)descubre algo que es parte del legado de su nación y que empieza a sentir como propio. Es la tentativa de dar a conocer al público nacional lo que hasta ahora sigue latente e incógnito, pero que puede abrir un rico mundo y brindar nuevas claves para leer e interpretar este presente, imaginando un posible y diferente porvenir. Sólo así se puede creer que tienen su justificación estas manifestaciones, que de otra forma evidentemente no existirían.

Por ello, si queremos ver ligados entre sí estos añicos como anillos de una cadena que nunca se ha interrumpido, como fibras de una hebra que se ha gastado pero nunca cortado, podemos reconocer el hilo sutil de la tradición que se renueva y persiste, y a la pregunta si se puede hablar de una literatura hispanofilipina contemporánea, esto es, algo escrito por filipinos en español que hablan de su mundo, con su peculiar visión filipina, y que de alguna forma tratan de dirigirse a un público nacional (a los que les presten atención incluso a través de una traducción al inglés), nos parece que se podría afirmar que una pequeña literatura hispanofilipina contemporánea existe, tal vez en su fase crepuscular. Se podría incorporar además que el discurso que ésta propone es su propio existir y su voluntad de seguir existiendo, éste es su primer valor estético. Es una escritura que tiene su propia fisionomía, su dignidad, su peculiaridad y al mismo tiempo participa de esa inquietud de toda rama de la literatura filipina que trata de “definir” su propia identidad, abrazando, excluyendo, entrelazando, atando y soltando vínculos... Todo filipino que escriba en español lo hace consciente de estar escribiendo en la lengua de Rizal y Recto, en fin, en la lengua de sus propio abuelos y ancestros.

En este sentido realmente el español, no se puede nunca considerar idioma ajeno, y hasta diríamos que participa de la dimensión psicológica de las lenguas minoritarias del país y, en esto, quizá hay un elemento más de su “filipinidad”. Al igual de lo que dijo Molina sobre la lengua española que siempre fue minoría, hay también que decir con respecto a la literatura hispanofilipina, que siempre hubo cierta dificultad en su promoción: la segunda edición (1923) del premio Zóbel, por ejemplo, se declaró desierto por “la poca animación habida entre los autores locales”¹ como testimonio la decisión del jurado (Brillantes 62).

Es una característica de (parte de) la literatura hispanofilipina que se escribió bajo la dominación norteamericana, el elogio de España, de su mística de la patria y de su mito imperial. En esas nuevas circunstancias políticas varios autores “manifestaron su añoranza y nostalgia por el pasado español” (Cabrero 191). Esta postura, que hoy suena elitista y colonialista, leída en el contexto histórico-cultural de aquel entonces se puede comprender como la necesidad de un punto de referencia fuerte para resistir a la masiva invasión lingüístico-cultural de otro país que, un grupo nativo de habla castellana, sentía como forzada y violenta desposesión cultural.

En cambio, en estos más recientes autores, el discurso proespañol en este sentido de añoranza anacrónica y reaccionaria, está ausente (exceptuando en parte a Rivera cuya visión estética y poética se contradistingue por su *vis polemica*). Ellos pertenecen a otro mundo, a otra realidad que trata más bien de recuperar toda integrante de su cultura e identidad y no ya reivindicar una contra otra. La valoración y recuperación del español y de lo que esto representa (la clave para leer su propia historia, la oficial, registrada en los documentos, pero también la cotidiana, la de esas familias que “hablaban y rezaban en castellano”, o en algo que debía de sonar como castellano) es la recuperación de una parte del patrimonio sin la cual faltaría la visión global del ser filipino. No es tanto una postura política, orientada hacia el conservadurismo y el clasismo, sino que es más propiamente el querer retomar conciencia de algo que es sentido como propio, auténtico y autóctono del ser filipino.

Como en el caso de toda colonia, Filipinas también ha sufrido un choque cultural y ha absorbido mucho de los modelos culturales ibéricos construyéndose como unidad a través de esos modelos. Pero lo que distingue a Filipinas de otros países, ha sido el sufrir un segundo, impactante choque cultural (excluyendo la breve etapa de la invasión japonesa²), que ha aportado un segundo intercambio de elementos culturales en una cultura nacional que todavía no parecía haber cuajado una imagen definida de sí misma. La influencia fue tan poderosa que logró en pocas décadas, cambiar el idioma vehicular por otro y esto provocó la resistencia de parte de los criollos y mestizos. Si en el caso de la India se puede afirmar que:

La pureza precolonial no se ha visto “dañada”, sino, por el contrario, que la presencia de la cultura inglesa durante dos siglos, ha ayudado a crear una literatura regional escrita en lenguas vernáculas, como medio de autoafirmación frente al invasor, y por otra parte, una literatura en lengua inglesa, que recogerá toda la memoria histórica de un pueblo, aunque a través de una lengua ajena a su contexto (Escobedo de Tapia – Caramés Lage 190).

En el caso de Filipinas parece casi que “la pureza mestiza”, por lo menos hasta los años 30, haya intentado autoafirmarse en el mantenimiento de una lengua, el español, que, al igual que una lengua

¹ El jurado estaba compuesto por Vicotriano Onrubia, Francisco Varona y Manuel Rincón: “Reunido el Jurado del Concurso literario Enrique Zóbel a ser premiado en 1923, después de deliberar sobre los méritos de los seis trabajos sometidos, ha acordado lo siguiente: Declarar desierto el premio de este año en atención a la poca animación habida entre los autores locales, y en justicia a los mismos, que pudiendo haber merecido mejor atención hoy, por el valor relativo de sus obras, hubieran triunfado sin pasar por el tamiz de un verdadero Concurso que no existe en su justo significado por la repetida poca animación registrada” (Brillantes 62).

² Aunque desde el punto de vista cultural esta breve etapa tuvo consecuencias relevantes, en efecto los japoneses “tried to use the language issue to gain favor with the Filipinos. They banned Spanish, and tired to eliminate English by declaring Tagalog the national language” (Thompson 30).

*Un estudio detallado de la existencia y el resurgir de esta literatura puede verse en Isaac Donoso y Andrea Gallo, *Literatura hispanofilipina actual*, Madrid, Verbum, 2011.

vernácula, encerraba en sí el patrimonio cultural y los valores tradicionales. Esta batalla ha sido animada hasta la guerra y luego ha empezado de forma progresiva a perder terreno.

Hoy en día las letras hispanofilipinas languidecen y quizá están perdidas para siempre y esto evidentemente es el devenir natural de las cosas, pero, si alguien sigue encontrando en ellas un significado a su experiencia humana individual y comunitaria, tal vez sea un poco pronto para cantarles el *De profundis*.

Nota: Un estudio detallado de la existencia y el resurgir de esta literatura puede verse en Isaac Donoso y Andrea Gallo, *Literatura hispanofilipina actual*, Madrid, Verbum, 2011.

REFERENCIAS:

- Alinea, Estanislao. *Historia Analítica de la Literatura Filipinohispana*. Ciudad de Quezon: Imprenta Los Filipinos. 1964.
- Álvarez Tardio, Beatriz. *Adelina Gurra Monasterio: Vida y obra. Estudio y antología*. Manila: Ateneo de Manila Press. En prensa.
- Autores Varios. *Discursos de Malolos y Poesías Filipinas en Español*. Manila: Departamento de Educación Buró de la Imprenta Pública, 1959 (ed. ss. 1963, 1964 y 1965).
- Bernal, Rafael. *México en Filipinas. estudio de una transculturación*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1965.
- Cabrero, Leoncio. “El sentimiento de los poetas filipinos a raíz de la independencia de 1898” *Revista Española del Pacífico* n° 9, año VIII, 1998: 191-239.
- David-Maramba, Asunción. *Early Philippine Literature from ancient times to 1940*. Manila: National Bookstore, 1971.
- Del Castillo y Tuazon, Teofilo – Buenaventura S. Medina. *Philippine Literature. From ancient times to the present*. Quezon City: Teofilo del Castillo ed., 1964, 1972, 1974.
- Enciclopedia universal ilustrada europeo-americana*, Espasa-Calpe, Madrid, 1908 (reimp. 1989), vol. XIII, pág. 1375.
- Escobedo de Tapia, Carmen – Caramés Lage, José Luis. *Introducción a la literatura india en inglés*. Oviedo: Trabe, 1993.
- Fernández, P. Tony. “Entrevista con Paulina Constancia”. *Revista Filipina* Tomo VII, n. 4, Primavera 2004.
- Fuentes, Carlos. *Valiente mundo nuevo*. Madrid: Mondadori, 1990.
- Gallo, Andrea. “Un poeta hispanofilipino contemporáneo: Edmundo Farolán Romero”. *Cuaderno Internacional de Estudios Humanísticos y Literatura CIEHL* vol. 7 – 2007.
- _____. “Entrevista a la escritora hispanofilipina Elizabeth Medina”. *Destiempos* mayo-junio 2007, n. 8 (www.destiempos.com).
- _____. “Una voz hispana de Filipinas: Edwin Agustín Lozada”. *Tonos Digital* julio 2007, n. 13 (www.tonosdigital.es).
- _____. “Entrevista al académico filipino Don Guillermo Gómez Rivera”. *Destiempos* noviembre-diciembre 2007, n. 11 (www.destiempos.com).
- Goic, Cedomil. *Historia y crítica de la literatura hispanoamericana, 1, época colonial*, Barcelona, Crítica, 1988 pp. 23-27)
- Hosillos, Luvilla V. *Interactive Vernacular – National Literature (Magdalena G. Jalandoni’s Juanita Cruz as Constituent of Filipino National Literature)*. Quezon City: The University of the Philippines Press, 2006.
- Joaquin, Nick. *Culture and History*. Pasig City: Anvil, 1988.
- Lazo, Raimundo. *Historia de la literatura hispanoamericana. El periodo colonial*. México: Ed. Pourra, 1965.
- Lumbera, Bienvenido. *Tagalog Poetry. 1570-1898*. Quezon City: Ateneo de Manila University Press, 1986.
- _____. *Writing the Nation. Pag-akda ng Bansa*. Quezon City: University of the Philippines Press, 2000.
- Mariñas Otero, Luis. *La literatura filipina en castellano*. Madrid: Editora Nacional, 1974.
- Molina, M. Antonio. “Presencia española en Filipinas”, en *Actas del Segundo Congreso de Hispanistas de Asia*. Manila: Asociación Asiática de Hispanistas, 1989.

- Ortiz Armengol, Pedro. "Las constituciones filipinas y las lenguas en que fueron escritas" en Rodao García, Florentino. *Estudios sobre Filipinas y las islas del Pacífico*. Madrid: Asociación Española de estudios del Pacífico, 1989: 77-80.
- Ortiz, Fernando. *Cantrapunteo Cubano del Tabaco y el Azúcar*. La Habana: Jesús Montero editor, 1940.
- Porcher, Marie-Claude (études réunies par). *Inde et littératures*. Paris: Editions de l'Ecole de Hautes Etudes en Sciences Sociales, 1983.
- Quilis, Antonio. *La lengua española en cuatro mundos*. Madrid: Mapfre, 1992.
- Renan, Ernest. *¿Qué es una nación?*. Madrid: Alianza, 1987.
- Republic of the Philippines – The Constitutional Commission of 1986. *The Constitution of the Republic of the Philippines*. Quezon City: Constitutional Commission, 1986.
- Retana y Gamboa, Wenceslao Emilio. *Nuestro tiempo* "Revista de Filipinas. Literatura. Historia. Política. Bibliografía" "Al lector". Madrid, 1908.
- Rodao, Florentino. "Presencia española en Extremo Oriente alrededor de 1945" en *Cuadernos de Historia*. Manila: Instituto Cervantes de Manila, 1998.
- Romualdez, Norberto. *Consagración Nacional de la Lengua Tagala, discurso pronunciado en la convención de la "Akademya ng Wikang Tagalog", celebrada en el Plaza Hotel el día 7 de Abril de 1935*. Manila: Akademya ng Wikang Tagalog, 1935 (en castellano e inglés).
- Thompson, Roger M. *Filipino English and Taglish: Language Switching from Multiple Perspective*. Amsterdam – Philadelphia: John Benjamins Pub., 2003.
- Wenger, Bernhard. *Las cuatro literaturas de Suiza*. Zürich: Fundación Suiza de Cultura Pro Helvetia, 1984.